

CAPÍTULO 13

A veces me quedaba a dormir en casa de mis abuelos. Mi abuela señalaba de repente un mueble, una prenda de vestir o una persona y me decía:

–Es tan feo que casi es hermoso.

Y a veces decía:

–Ese intelectual se ha vuelto tan intelectual que ya no comprende nada.

O también:

–Duele tanto, tanto, tanto que hasta empieza a ser gracioso.

Se pasaba el día tarareando canciones que había traído de lugares donde, al parecer, había vivido sin miedo a los microbios y sin la vulgaridad de la que siempre se quejaba, que aquí lo infectaba todo:

–Como animales –mascullaba de pronto con desprecio, sin ninguna razón aparente, sin provocación ni sentido alguno, y también sin molestarse en explicarnos quiénes le parecían animales. Incluso cuando me sentaba a su lado en un banco del parque al atardecer, y el parque estaba vacío y una suave brisa rozaba las puntas de las hojas agitándolas levemente sin tocarlas siquiera con la yema de su dedo diáfano, incluso entonces era capaz mi abuela de espetar, temblorosa, estremecida de repugnancia y horror:

–¡De verdad! ¡Cómo es posible! ¡Son peores que los animales!

Y al cabo de un rato volvía a tararear agradables canciones que yo no conocía.

Siempre estaba tarareando, en la cocina, frente al espejo, en su silla de la terraza, e incluso por la noche.

A veces, después de bañarme, cepillarme los dientes y limpiarme las orejas con un bastoncillo, me acostaba junto a ella en su amplia cama (la cama de matrimonio que mi abuelo abandonó para siempre, o de la que le echaron, antes de

que yo naciera). Mi abuela me contaba un cuento o dos, me acariciaba las mejillas, me besaba en la frente y enseguida me la frotaba con un pequeño pañuelo empapado en perfume, un pañuelo que siempre llevaba metido en la manga izquierda y que utilizaba para eliminar o aplastar microbios, y apagaba la luz. Después de apagar la luz también seguía tarareando en la oscuridad; no es que tarareara, tampoco murmuraba, cómo describirlo: de su interior salía una especie de voz lejana, onírica, una voz de color nuez, un sonido oscuro y agradable que poco a poco se iba convirtiendo en un eco, en una tonalidad, en un olor, en una delicada aspereza, en una oscura calidez, en un tibio líquido amniótico. Toda la noche.

Pero todos esos placeres nocturnos, la aspereza, la calidez y el líquido de la placenta, los tenía que frotar con rabia por la mañana temprano para desprenderlos de la piel; era lo primero que hacía, antes incluso del vaso de cacao sin nata. Me despertaba en su cama con el sonido de los golpes del abuelo en sus batallas al alba: siguiendo las órdenes de la abuela, él se levantaba todos los días antes de las seis y salía a la terraza para sacudir con pasión quijotesca los cobertores y los colchones.

Aun antes de abrir los ojos ya te estaba esperando la bañera llena de agua humeante mezclada con una solución antiséptica que olía a hospital. En la repisa de la bañera acechaba un cepillo de dientes con un gusano de pasta blanquecino y retorcido sobre las cerdas. Tu deber era mojarte, enjabonarte bien, frotarte con un ovillo rizado, un estropajo al que se llamaba lipa, y volverte a mojar, entonces llegaba la abuela y te ponía de rodillas en la bañera, te agarraba con fuerza del brazo y con sus propias manos te restregaba de arriba abajo y de abajo arriba con una especie de cepillo de crin terrorífico, como los peines de hierro del malvado Imperio romano, esos peines de hierro que desollaron a rabí Akiva²⁴ y al resto de las víctimas del Imperio, hasta que tu piel se ponía rosada como la carne cruda, y entonces la abuela te ordenaba cerrar bien los ojos, te enjabonaba la cabeza y te frotaba el cuero cabelludo con las uñas, como Job mortificando su cuerpo con el casco de una vasija,

²⁴ **Akiva ben Iosef o Rabí Akiva**, (50–135 E.C.) fue un taná (sabio rabínico), gran autoridad en materia de tradición Judía, y uno de los esenciales contribuyentes a la Mishná y los Midrashim Halájicos. Es nombrado en el Talmud como “Rosh ha Jajamim” (Cabeza de todos los sabios) y considerado uno de los diez mártires del judaísmo. Cuando Roma promulgó los decretos contra el judaísmo, Rabí Akiva, integró la comitiva que fue a la capital imperial para obtener su derogación; al decretarse finalmente la prohibición categórica de estudiar la Torá, Rabí Akiva la ignoró, hasta que fue condenado a morir como un mártir, después de la derrota de la rebelión de Bar Kojba. Murió con el “Shemá Israel” en los labios.

y mientras tanto te explicaba con su voz marrón, agradable, el estercolero de inmundicias que segregaban las glándulas corporales cada noche al dormir, como un sudor pegajoso y todo tipo de materia grasa expulsada por el cuerpo y porquería de escamas de la piel y caída del pelo y restos de un montón de células muertas y toda clase de turbios flujos que es mejor no nombrar, y mientras duermes y no sientes nada todas esas sustancias corporales se impregnan en tu cuerpo, se mezclan e invitan, literalmente, a los microbios, a los bacilos y a los virus a que se reproduzcan en él, por no hablar de todo lo que la ciencia aún no ha descubierto, todo lo que aún no se puede ver siquiera con el microscopio más potente, pero aunque no se vean, están toda la noche andando por tu cuerpo con trillones y trillones de patitas peludas, sucias y repugnantes, con patas idénticas a las de las cucarachas aunque mucho más pequeñas, tan pequeñas que no se ven, ni siquiera los científicos las han podido ver aún, y con esas patas llenas de fibras asquerosas reptan y entran de nuevo en el cuerpo a través de la nariz y la boca y a través de, no tengo que decirte a través de qué otra cosa entran, porque en esos sitios feos la gente no se lava nunca como es debido pues secarse no es lo mismo que lavarse, es sólo extender los fluidos inmundos en los millones de orificios diminutos que tenemos en la piel, y todo se vuelve más y más inhumano, sudado y asqueroso, sobre todo cuando la suciedad interior del cuerpo que segregamos día y noche se mezcla con la suciedad externa que se nos pega de cosas poco higiénicas que quién sabe lo que habrán tocado antes. Como, por ejemplo, dinero, periódicos, la baranda de una escalera, el picaporte de la puerta o incluso la comida que compramos, pues vete tú a saber quién habrá estornudado antes sobre lo que estás tocando, o quién, perdona que te lo diga, se ha limpiado la nariz cerca o se la ha sonado justo encima del papel plateado que tú recoges en la calle y luego pones en la cama donde después dormirás alguien, por no hablar de los tapones que sacas directamente de la basura y de la mazorca de maíz caliente que tu madre, Dios le conserve la salud, te compra y que toma de la mano de ese hombre que tal vez ni se ha lavado ni secado las manos después de hacer, con perdón, y además ¿cómo podemos saber si es una persona sana? ¿Que no tiene por casualidad tuberculosis? ¿O cólera? ¿O tifus, ictericia o disentería? ¿O tal vez una úlcera, infección intestinal, eccema o psoriasis en la piel, que es una especie de lepra? ¿Y si ni siquiera es judío? ¿Tienes idea de cuántas enfermedades hay aquí? ¿Cuántas epidemias orientales? Y estoy hablando sólo de las enfermedades conocidas, no de las enfermedades desconocidas que ni los expertos conocen, no pasa un solo día en que la gente no caiga aquí, en Levante, como moscas a causa de algún parásito, bacilo, microbio o bacteria que los médicos aún no conocen, sobre todo aquí, que hace tanto calor y todo está lleno de moscas, mosquitos, insectos, hormigas y

cucarachas, y quién sabe qué más, y la gente suda continuamente y todo el tiempo se está rozando uno con las infecciones y el pus de otro, con el sudor y todos los fluidos que salen del cuerpo, unos fluidos infecciosos que a tu edad es mejor que aún no conozcas, y uno puede impregnar al otro sin que éste ni siquiera se dé cuenta de que lo ha contagiado, basta con un apretón de manos para que te transmitan todo tipo de epidemias, y hasta sin tocarte, sólo con inspirar el aire que antes alguien ha exhalado de sus pulmones con los microbios y los bacilos de la tiña, la conjuntivitis o la disentería. Y la sanidad aquí no tiene nada que ver con la europea, la mitad de las personas ni han oído hablar de lo que es la higiene, y todo el aire está lleno de bichos asiáticos, de asquerosos insectos con alas llegados directamente desde los pueblos árabes y hasta de África, y quién sabe qué enfermedades raras, infecciones y pústulas traen continuamente de allí esos insectos, lo cierto es que el Levante está lleno de microbios. Ahora te secarás bien tú solo, como un niño grande, no te dejes ningún lugar húmedo, y después, con mucho cuidado, ponte tú solo un poco de talco donde ya sabes y también en el otro sitio donde ya sabes, todo alrededor, y después quiero que te untes bien el cuello con la crema que está ahí, y luego te pones la ropa que te dejo aquí, es la ropa que te ha preparado tu madre, pero le he pasado la plancha caliente, que desinfecta y mata todo lo que pulula por ahí, mejor que el lavado. Y después ven a la cocina, bien peinado, y te daré un vaso de cacao y después te tomarás el desayuno. Al salir del cuarto de baño iba relatando, sin rabia pero con una especie de profunda tristeza:

–Como animales. Incluso peor que animales.

Una puerta de cristal opaco, un cristal con flores escarchadas geométricas, separaba la habitación de la abuela del pequeño cuarto al que llamaban «el gabinete del abuelo Alexander». Desde ese cuarto, el abuelo tenía una salida privada a la terraza, y de allí al jardín, y de allí al exterior, a la ciudad, a la libertad.

En un rincón de ese cuarto estaba el sofá de Odesa, estrecho y duro como una tabla, donde el abuelo dormía por las noches. Debajo del sofá, como reclutas en formación, había una línea recta de ocho o nueve pares de zapatos, todos negros y relucientes como un espejo: al igual que la abuela Shlomit había reunido un montón de sombreros en tonos verde, marrón y burdeos y los cuidaba como a la niña de sus ojos en una sombrerera, al abuelo Alexander le gustaba dirigir toda una flota de

zapatos que lustraba hasta que quedaban brillantes como el cristal: los había rígidos y de suela gruesa, chatos, con punta y perforados, con cordones, cerrados o con hebilla.

Enfrente del sofá estaba su pequeño escritorio, siempre ordenado, y encima había un tintero y un tampón secante de madera de olivo. El tampón me parecía un tanque o un barco con una gran chimenea saliendo del muelle, que estaba formado por tres botes plateados y brillantes: uno repleto de clips, el otro lleno de grapas y en el tercero, como áspides agitándose, se retorcían un montón de gomas. En el escritorio del abuelo había, además, un fichero rectangular de bronce con un apartado para las cartas recibidas, otro para las cartas por enviar, otro para los recortes de prensa, otro para los recibos del ayuntamiento y del banco y otro más para la correspondencia de la facción de Jerusalem del movimiento Jerut. Había también una caja de madera de olivo llena de sellos de distinto valor y en ella un compartimiento especial para las etiquetas donde ponía «urgente», otro para las de «certificado» y otro para las de «por avión». Y detrás de los apartados de sobres y postales, relucía una especie de pedestal plateado con la forma de la torre Eiffel que daba vueltas. Ese pedestal estaba cargado de bolígrafos y lápices de colores, entre ellos uno maravilloso con una punta roja por un lado y azul por el otro.

En una esquina del escritorio del abuelo, junto al clasificador, había siempre una botella alta y oscura de un licor extranjero, y al lado tres o cuatro copas verdosas que parecían mujeres de hermosa figura. Mi abuelo amaba la belleza, le disgustaba la fealdad, y a veces, en privado, también le complacía fortalecer su corazón tempestuoso y solitario con un trago de licor: el mundo no lo comprendía. Su mujer no lo comprendía. Nadie lo comprendía realmente. Él aspiraba siempre a lo sublime, pero todos decidieron cortarle las alas, su mujer, sus amigos, sus compañeros, todos conspiraron para hundirlo en las infinitas obligaciones cotidianas, la limpieza, el orden, la compraventa y mil preocupaciones y cosas que hacer. Era una persona tranquila, fácil de alterar y fácil de complacer. Siempre que veía alguna obligación en el suelo, una obligación familiar, social o moral, al instante se agachaba y se la cargaba a la espalda. Pero luego suspiraba y se lamentaba del pesado yugo y de que el mundo entero, con la abuela a la cabeza, se aprovechaba de su bondad y le echaba encima mil asuntos que apagaban su chispa poética, y para colmo lo utilizaban como al chico de los mandados.

Durante el día, el abuelo Alexander era agente comercial de prendas de vestir, el representante jerosolimitano de la fábrica textil Lodzia y de otras marcas importantes. En las numerosas valijas que se amontonaban en los anaqueles que llenaban la pared tenía siempre muestras de telas de colores, camisas y pantalones de punto y de tela de gabardina, medias, toallas, manteles y cortinas de todo tipo. Me dejaban utilizar algunas de esas valijas, sin abrirlas, para construir fortalezas, torres y murallas defensivas. Mi abuelo se sentaba en su silla, de espaldas al escritorio, con las piernas estiradas, y su cara sonrosada, casi siempre resplandeciente de bondad y calma, me sonreía con agrado como si la torre de valijas que yo estaba construyendo en el suelo fuese a ensombrecer las pirámides, los jardines colgantes de Babilonia y la muralla china a la vez. El abuelo Alexander fue quien me habló de la Gran Muralla china, de las pirámides, de los jardines colgantes y de las demás maravillas del mundo como el Partenón y el Coliseo, como el canal de Suez y el de Panamá, el Empire State, las iglesias del Kremlin, los canales de Venecia, la Puerta de la Victoria y la torre Eiffel.

Por la noche, en la soledad de su gabinete, junto a su escritorio, con una copa de licor dulce, el abuelo Alexander era un poeta sensible que daba al mundo desconocido rimas de amor, conmoción, ardor y melancolía en lengua rusa. Su amigo Yosef Cohen Tzedek traducía sus poemas al hebreo: «Veinticinco años después de la muerte, despiértame, Dios mío,/ abre mis ojos con mano amorosa/ para vivir tres días,/ y de Dan a Beer Sheva/ atravesaré la patria,/ exploraré cada valle y cada loma/ y veré su gloria,/ cada uno sentado seguro bajo la viña y la higuera,/ abundantes frutos en el suelo/ y mi tierra llena de cánticos...», y en otro poema: «Cuando la oscuridad abra sus fauces abismales/ y con sus sombras me rodee la noche/ pediré a gritos la venganza de Dios,/ la venganza, la venganza pediré...», o: «Un día entero, hasta que llegue la tarde,/ desde Beer Sheva a Dan/ romperemos rocas sin descanso,/ con un martillo golpearemos sobre el yunque,/ un pueblo está construyéndose una patria,/ un pueblo ha vuelto a su oasis/ y erigirá con mano trabajadora/ un refugio y una morada...».

Escribía poemas laudatorios que describían las figuras de Zeev Jabotinsky, Menahem Begin y su famoso hermano, el tío Yosef, y también poemas exaltados contra los alemanes, los árabes, los británicos y el resto de los enemigos de Israel. Entre todos ellos encontré también tres o cuatro poemas sobre la soledad y la

tristeza: «En sueños, en el triste silencio,/ envuelta en el claro de luna/ te vi frente a mí,/ tu mirada radiante de belleza...», o: «Pensamientos de duelo, pena y dolor/ envuelven el final de mis días/ de frío otoñal y lluvia, miles de nubes/ llorarán, se lamentarán por la pérdida de la juventud...».

Pero por lo general no lo rodeaban nubes otoñales y lluvia: era un hombre nacionalista, patriota, amigo de los ejércitos, las victorias y las conquistas, un halcón impetuoso e ingenuo que creía que si nosotros, los judíos, nos armábamos de fuerza, coraje, gallardía y vigor, si por fin nos levantábamos contra todas las naciones, podríamos abatir a nuestros enemigos y restaurar el reino de David desde el Nilo hasta el Éufrates, y todas las naciones malvadas y crueles vendrían a postrarse a nuestros pies. Tenía debilidad por lo sublime, lo épico y resplandeciente: el ejército, las trompetas bruñidas, las banderas y las lanzas brillando al sol, los palacios reales y los escudos. Pertenecía al siglo XIX, aunque vivió para ver más de tres cuartos del siglo XX.

Lo recuerdo con un traje de franela de color crema o con un traje de rayas con vuelta, y a veces se ponía debajo un chaleco de piqué con una fina cadena de plata que le cruzaba el vientre hasta el bolsillo (él llamaba al chaleco «corpiño», y yo tenía que ahogar una risa compulsiva que amenazaba con estallar). En la cabeza llevaba en verano un sombrero de paja claro y de rejilla y en invierno, un sombrero borsalino con una cinta de seda oscura alrededor. Era tremendamente colérico y temible, capaz de soltar de repente rayos y truenos, pero enseguida se disculpaba, se arrepentía, algo desconcertado, como si su ira sólo hubiese sido una especie de ataque de tos pasajero. De lejos se podía saber siempre cuál era su estado de ánimo, pues el color de su cara cambiaba como un semáforo, rosa-blanco-rojo-y-rosa de nuevo: casi todo el tiempo sus mejillas estaban rosadas y relajadas, a veces palidecían de desprecio o se ruborizaban de ira, y al cabo de un rato volvían a ser de color rosa y anunciaban a todo el mundo que la tempestad se había calmado, que el invierno había pasado, que los retoños se veían ya en la tierra; entonces la constante alegría del abuelo volvía a brillar y a fluir de él tras una pequeña tregua, olvidaba por completo quién o qué lo había enfurecido y por qué había estallado en cólera, como un niño que llora un momento y enseguida se tranquiliza, se ríe y vuelve contento a sus juegos.

CAPÍTULO 14

Rabí Alexander Ziskind, de Horodno, que murió en 1794, era conocido en la tradición rabínica con el nombre de Yavshah, el acrónimo de su famoso libro Yesod veshoresh haavodah (Fundamento y raíz del trabajo). Era un místico, «un cabalista», un asceta, un diligente creador de algunos textos edificantes de gran repercusión. Decían que «se pasaba todo el día encerrado en una pequeña habitación estudiando la Torá, que nunca besaba a sus hijos, que no los tomaba en sus brazos ni tenía con ellos una conversación distendida». Su mujer se ocupaba sola de la economía familiar y de la educación de los niños. A pesar de todo, ese eminente asceta predicaba «el cumplimiento de los preceptos divinos con gran alegría y entusiasmo» (rabí Nahman de Bretzlav dijo de él que «era un jasid²⁵ aun antes de existir el jasidismo»). Pero la alegría y el entusiasmo no impidieron a rabí Alexander Ziskind dejar escrito en su testamento que, tras su muerte, «la compañía de pompas fúnebres ejecute en mi cuerpo las cuatro penas capitales decretadas por la ley» hasta hacer pedazos todos sus miembros. Por ejemplo: «Que varios hombres me levanten hasta el techo y me lancen con fuerza contra el suelo sin ninguna amortiguación de tela o paja, y lo hagan siete veces, una tras otra, y ordeno... a la compañía de pompas fúnebres que cumpla en mí ese ritual sin reparar en mi vergüenza, pues mi vergüenza es mi gloria, para liberarme en cierta medida del gran juicio universal». Todo ello como expiación de sus pecados o como purificación, «por el alma y el espíritu de Alexander Ziskind, nacido de Rebeca». Asimismo, se sabe que vagó por las ciudades de Alemania recaudando dinero para los colonos de Eretz Israel y que por eso fue encarcelado. Sus descendientes fueron llamados con el patronímico Braz, es decir, el acrónimo de Bene rabí Alexander Ziskind, Hijos de rabí Alexander Ziskind.

Su hijo, rabí Yosla Braz, uno de aquellos a los que su padre no abrazaba ni tomaba en sus brazos, era considerado un hombre piadoso e íntegro que se dedicaba todo el día a recitar la Torá y no salía de la escuela rabínica en los seis días laborables, ni siquiera para dormir: cada noche se permitía echar un sueño de cuatro horas sentado, con la cabeza encima del brazo y el brazo encima de la mesa, y con una vela encendida entre los dedos para que, al extinguirse, la llama lo despertase. La

²⁵ Piadoso, observante estricto. Alguien que procura siempre el bien del otro, aun a costa del propio.

frugal comida también se la llevaban a la escuela rabínica, de la que salía sólo cuando iba a empezar el Shabat y a la que volvía nada más terminar. Era un asceta igual que su padre. Su mujer, que dirigía una tienda de telas, lo mantuvo a él y a sus descendientes durante toda la vida, al igual que había hecho la madre de él en su momento, ya que, por humildad, rabí Yosla rechazó ser rabino y se dedicó a enseñar gratuitamente la Torá a los hijos de los pobres. También se negó a dejar libros tras él, pues se consideraba muy pequeño como para decir algo que no hubiese sido dicho ya.

El hijo de rabí Yosla, rabí Alexander Ziskind Braz (el abuelo de mi abuelo Alexander), era un acomodado comerciante que trataba con cereales, lino y hasta con cerdas de cochino, y sus mercancías llegaban hasta Königsberg, Dantzig y Lipsia, es decir Leipzig. Observaba estrictamente los preceptos religiosos pero, al parecer, se alejó del fanatismo de su padre y de su abuelo: no le dio la espalda al mundo, no vivió del sudor de la frente de su mujer y no desdeñó los nuevos aires de la Ilustración: permitió a sus hijos que estudiaran ruso, alemán y algo de «cultura extranjera», e incluso animó a su hija, Rose Keile Braz, a que aprendiera a leer y se instruyera. Por supuesto no hizo jurar a la compañía de pompas fúnebres que destrozaran su cuerpo después de su muerte.

Menahem Mendel Braz, el hijo de Alexander Ziskind, el nieto de rabí Yosla, el biznieto de rabí Alexander Ziskind, autor de Fundamento y raíz del trabajo, se instaló en Odesa a comienzos de los años ochenta del siglo XIX y, junto a su esposa Perla, dirigió una pequeña fábrica de vidrio. Antes, de joven, había sido funcionario público en Königsberg. Menahem Braz era un hombre guapo, rico, sediento de vida, osado e inconformista incluso con las ideas más tolerantes de la Odesa judía de finales del siglo XIX: era un ateo declarado, un hedonista convencido, detestaba la religión y a los fanáticos religiosos con el mismo fervor y la misma convicción con que su abuelo y su bisabuelo se habían dedicado a cada letra y a cada tilde de la Torá. Menahem Braz era libre en sus opiniones hasta rayar el exhibicionismo, fumaba en Shabat delante de todos, devoraba con avidez alimentos prohibidos, buscaba placeres llevado por la oscura visión de la brevedad de la vida y la ferviente negación de la retribución, el castigo y el más allá. Admiraba a Epicuro y a Voltaire, y como ellos creía que el hombre debe alargar el brazo y tomar a manos llenas cuanto le ofrece la

vida y disfrutar sin reparos de todo aquello que desee, aunque sin causarle daño al prójimo, sin perjudicarlo y sin hacerlo sufrir.

La hermana de Menahem Mendel, Rose Keile, la hija de rabí Alexander Ziskind Braz, fue entregada en matrimonio a un judío sencillo del pequeño pueblo de Olkeniki, en Lituania (no muy lejos de Vilna); se llamaba Yehuda Leib Klausner, el hijo de un aparcerero llamado Yehezkel Klausner, descendiente de rabí Abraham Klausner, autor de *El libro de las costumbres*, que vivía en Viena a finales del siglo XIV²⁶.

Los Klausner del pueblo de Olkeniki, que no eran como sus instruidos primos hermanos de la vecina ciudad de Trakai, eran unos judíos de pueblo, sencillos, robustos, testarudos e ingenuos. Yehezkel Klausner criaba vacas y ovejas y cultivaba árboles frutales y hortalizas, primero en el pueblo de Popishok (o Papishki) y después, en el pueblo de Rodnik y al final, en Olkeniki, todos en los alrededores de Vilna. Yehuda Leib, como su padre Yehezkel, estudió algo de la Torá y unas páginas del Talmud con un maestro de pueblo, observaba los preceptos pero aborrecía la casuística de los exégetas. Amaba la vida al aire libre y detestaba estar encerrado.

Después de probar suerte en el comercio de cereales y fracasar, ya que los otros comerciantes descubrieron enseguida lo ingenuo que era y consiguieron sin ninguna dificultad despojarlo de todo y dejarlo sin medio de sustento, Yehuda Leib se compró con el dinero que le quedaba un caballo y un carro, y se dedicó a llevar pasajeros y equipaje de un pueblo a otro. Era un carretero paciente, benévolo y alegre, amante del buen comer, de las canciones de Shabat y de los tragos de aguardiente las noches de invierno, jamás fustigó a su caballo ni retrocedió ante los

²⁶ N. del A.: Herencia de nombres: mi hija mayor se llama Fania, como mi madre. Mi hijo se llama Daniel Yehuda Arie, como Daniel Klausner, mi primo, que nació un año antes que yo y fue asesinado junto con sus padres, David y Malka, por los alemanes en Vilna cuando tenía unos tres años, y como mi padre, Yehuda Arie Klausner, que se llamaba así por su abuelo, Yehuda Leib Klausner, del pueblo de Olkeniki en Lituania, hijo de rabí Yehezkel, hijo de rabí Kaddish, hijo de rabí Gedalia Klausner-Olkeniki, descendiente de rabí Abraham Klausner, autor de *El libro de las costumbres*, que vivía en Viena a finales del siglo XIV. Mi abuelo paterno era Alexander Ziskind Klausner, que se llamaba así por su abuelo materno, Alexander Ziskind Braz, que también se llamaba como su abuelo, rabí Alexander Ziskind de Horodno, autor de *Fundamento y raíz del trabajo*. Mi hermano David se llama como el tío David, el hermano de mi padre, a quien los alemanes asesinaron en Vilna. Tres de mis nietos tienen el mismo nombre que el abuelo (Macabi Salzberger) o que la abuela (Lota Salzberger y Riva Zuckerman).

peligros. Le gustaba viajar solo, a paso lento y tranquilo, en su carro cargado de leña o de sacos de cereales, por los bosques oscuros, por estepas desiertas, en medio de tormentas de nieve y sobre la fina capa de hielo que cubría el río en invierno. En una ocasión (al abuelo Alexander le gustaba contar esto una y otra vez en las tardes de invierno) se rompió la capa de hielo bajo las ruedas del carro de Yehuda Leib, entonces saltó, tomó con sus fuertes manos las riendas del caballo y sacó al caballo y el carro del agua helada.

Tres hijos y tres hijas le dio Rose Keile Levitt Braz a su marido el carretero. En 1884, Rose Keile cayó gravemente enferma, y los Klausner decidieron dejar el perdido Olkeniki en Lituania e instalarse en Odesa, la ciudad donde vivía el hermano rico y poderoso de la enferma: Menahem Mendel Braz los ayudó y se ocupó de que su hermana tuviera los mejores médicos.

A su llegada a Odesa, en 1885, el tío Yosef, el primogénito de los Klausner, era un pequeño «genio» de unos once años, muy aplicado, que tenía un gran interés por el hebreo y sed de cultura. Se parecía más a sus primos, los Klausner instruidos e ingeniosos de la ciudad de Trakai, que a sus antepasados campesinos y carreteros de Olkeniki. Su tío, el epicureo-voltairiano Menahem Braz, le presagió enseguida un gran futuro y lo ayudó en los estudios. Por el contrario su hermano, Alexander Ziskind, que en la época del traslado a Odesa era un niño impetuoso y sensible de unos cuatro años, muy pronto demostró que se parecía más a los Klausner del pueblo, a su padre y a su abuelo: no le atraían los estudios y, desde pequeño, le gustaba pasar mucho tiempo al aire libre, observar las cosas que hacía la gente, oler y tocar el mundo, perderse en el campo o en el bosque y soñar. A pesar de todo, emanaba una gracia, una alegría, una generosidad y un buen corazón que conquistaban a todo aquel que lo miraba. Por eso todos lo llamaban con el cariñoso apelativo de Zisia, o Zisel.

También estaban el tío Betzalel y las tres hermanas que nunca llegaron a Eretz Israel: Sofía, Ana y Daria. Por lo que he conseguido averiguar, después de la revolución, Sofía fue profesora de literatura y después directora de un instituto de Leningrado. Ana murió antes de la Segunda Guerra Mundial, mientras que Daria

Débora y su marido, Misha, intentaron huir tras la revolución a Palestina, pero «se quedaron bloqueados» en Kiev debido al embarazo de Daria²⁷.

A pesar de la ayuda del acomodado tío Menahem y de otros familiares de Odesa del clan Braz, los Klausner se arruinaron poco tiempo después de su llegada: el padre, Yehuda Leib, un hombre robusto y paciente pero a quien le gustaba divertirse y gozar de la vida, se fue apagando tras tener que invertir los pocos ahorros que había llevado del pueblo lituano en la adquisición de una pequeña y asfixiante tienda de ultramarinos con la que los Klausner se mantenían a duras penas. Sentía nostalgia de la estepa, los bosques, los campos nevados, el caballo y el carro, las posadas y el río que había dejado atrás en su pueblo de Lituania. Al cabo de unos años enfermó, se extinguió y murió en la penumbra de su pequeña tienda cuando apenas tenía cincuenta y siete años. Su viuda, Rose Keile, siguió viviendo otros veinticinco años. Murió en el barrio de los bújaros de Jerusalem en 1928.

Mientras el tío Yosef continuaba con sus estudios en Odesa y después en la Universidad de Heidelberg, convirtiéndose así en un brillante erudito, el abuelo Alexander abandonó la escuela con poco menos de quince años y empezó a dedicarse a todo tipo de pequeños negocios; compraba algo aquí y lo vendía allá, por las noches garabateaba exaltados poemas en ruso, miraba con avidez las vidrieras, las montañas de melones, uvas y sandías, y también a las sensuales mujeres del sur, luego corría a casa y volvía a componer ardientes poemas, y de nuevo vagaba por las calles de Odesa montado en su bicicleta pero encorbatado y vestido lo mejor que podía, a la más provocativa última moda. Debía de parecer uno de esos chicos atractivos, seductores y emperifollados del barrio de Moldavanka de los relatos de Isaak Babel, fumando como un adulto y con el bigote negro humedecido y encerado. De vez en cuando, bajaba al puerto a sumergir los ojos en los barcos, los fardos y las chicas baratas, se quedaba mirando emocionado el desfile de un grupo de soldados al ritmo de una marcha militar, o pasaba una o dos horas en la biblioteca, leyendo con avidez todo lo que caía en sus manos y decidiendo de nuevo que intentaría competir

²⁷ N. del A.: La hija de Daria, Evita Radovskaia, una mujer de más de ochenta años, se sigue carteando conmigo. La tía Evita, la prima de mi padre, se fue de Petersburgo algún tiempo después de la caída de la Unión Soviética y se instaló en Cleveland, Ohio. Su única hija, Marina, que tenía más o menos mi misma edad, murió en Petersburgo en la flor de la vida. Nikita, el único hijo de Marina, coetáneo de mis hijos, se fue con su abuela a Estados Unidos pero al poco tiempo volvió a Rusia, o a Ucrania, allí se casó y trabaja de veterinario rural, y allí está criando a sus hijos, que son de la generación de mis nietos.

con su sabio hermano mayor. Mientras, aprendía a bailar con muchachas de buena familia, a beber dos o tres copas fuertes sin perder la cabeza, a entablar relaciones en los cafés, a decirle algún cumplido al perrito para iniciar una conversación con la señora.

En sus idas y venidas por las afueras de Odesa, una sensual ciudad portuaria inundada de sol y rebosante de distintas minorías, hacía amistad con unos y otros, cortejaba a las chicas, compraba y vendía, ganaba algo, se sentaba en un rincón de un café o en un banco del parque, sacaba su libreta, componía un poema (cuatro estrofas, ocho versos) y volvía a correr de un lado a otro con su bicicleta haciendo recados como voluntario para los líderes del movimiento Jibat Zion de la Odesa anterior al teléfono: llevaba un mensaje urgente de Ahad Haam a Mendele Mojer Sefarim, de Mendele Mojer Sefarim al señor Bialik, amante de la retórica sagaz, o al señor Menahem Ussishkin y de éste al señor Lilienblum, y entre tanto, mientras esperaba la respuesta en el salón o en el recibidor, recitaba para sus adentros, en ruso, poemas inspirados en el espíritu de Jibat Zion: Jerusalem, con sus calles empedradas de jaspe y ónix, un ángel en cada esquina y el cielo resplandeciendo sobre ella iluminado por la luz de siete firmamentos.

También escribía poemas que ensalzaban la lengua hebrea, alababa su belleza, exaltaba su tonalidad y le prometía fidelidad eterna, todo en ruso (incluso después de llevar viviendo en Jerusalem más de cuarenta años, el abuelo no consiguió aprender un hebreo correcto: hasta el último día habló un hebreo particular, indiferente a todas las reglas, y escribió con faltas terribles. En la última postal que nos envió al kibutz Hulda poco antes de su muerte, en el año 1977, nos decía: «Queridísimos nietos y viznietas, los hecho muchísimo de menos. ¡Tengo muchas ganas de berlos a todos!»).

En 1933, cuando por fin llegó a Jerusalem con la abuela Shlomit, obsesionada por sus temores, abandonó la poesía y se dedicó a los negocios: durante varios años vendió con éxito a las señoras de Jerusalem, deseosas de lujo europeo, vestidos importados de Viena de dos temporadas atrás. Pero al cabo de unos años apareció otro judío, más diligente que el abuelo, y empezó a importar vestidos de París de la temporada anterior, y el abuelo, con sus vestidos vieneses, fue derrotado, tuvo que dejar el negocio y su amor por los vestidos, y se vio suministrando a Jerusalem

calcetines Lodzia de Jolón y toallas de la pequeña firma Shtzufek e Hijos de Ramat Gan.

La ruina y las estrecheces le devolvieron la musa que había abandonado durante su época de prosperidad. Volvió a encerrarse por las noches en su «gabinete» a componer exaltados poemas en ruso sobre la belleza de la lengua hebrea y los encantos de Jerusalem, no sobre la ciudad pobre, polvorienta, abrasada y fanática, sino sobre la Jerusalem cuyos suburbios están perfumados de incienso y mirra, y donde sobre cada plaza se cierne un ángel de Dios. Pero ahí entré yo en escena, en el papel del niño valiente del cuento del traje nuevo del emperador, y con furor realista ataqué al abuelo por sus poemas: Llevas viviendo aquí muchos años y sabes muy bien con lo que de verdad está pavimentada Jerusalem y lo que en realidad se cierne sobre la plaza de Sión, entonces ¿por qué siempre escribes sobre lo que no existe? ¿Por qué no escribes algo sobre la verdadera Jerusalem?

Al oír esas insolentes palabras, el abuelo Alexander se puso furioso y su agradable color rosado se convirtió al instante en un rojo ardiente, dio un puñetazo en la mesa y me gritó:

–¿La verdadera Jerusalem? ¿Qué sabe una pequeña sabandija como tú de la verdadera Jerusalem? ¡La verdadera Jerusalem es precisamente la de mis poemas!

–¿Y hasta cuándo vas a escribir en ruso, abuelo?

–¿Nu²⁸?, ti durak²⁹, sabandija, ¡yo cuento en ruso! ¡Me maldigo en ruso! ¡En ruso sueño por la noche! ¡En ruso incluso... –pero la abuela Shlomit, que sabía perfectamente lo que venía después de la palabra «incluso», se apresuró a interrumpirle gritando:

–Shto se tabo³⁰? Ti ni normalni³¹? Videsh maltzik ridom se nami³²!

²⁸ Nu, es la palabra en idish que los ashkenasim (rusos) utilizamos para reclamar una acción a otro. Tiene muchos usos, dependiendo del contexto en que se la utilice y, en general, implica un estado de impaciencia por parte del emisor. Algo similar al “¿y?”, “¿entonces?”, “¡vamos!” “¡dale!” que usamos en español. También puede utilizarse para enlazar abruptamente dos temas dispares, reencauzar una conversación o llamar la atención de la gente dispersa. Por último, muy frecuentemente se la usa en forma similar al “¿y qué?”

²⁹ Tonto.

³⁰ Eso está prohibido.

³¹ Estás loco.

–¿Te gustaría volver alguna vez a Rusia, abuelo? ¿De visita?

–Ya no existe. Propadi³³.

–¿Qué no existe?

–¿Qué no existe? ¿Qué no existe? ¡Rusia no existe! ¡Rusia está muerta! Está Stalin. Hay dazrazneskim. Hay izuv³⁴. Está Beria³⁵. Hay una gran cárcel. Está el Gulag. Jevsekim³⁶! Apartashkim! ¡Asesinos!

–Pero aún quieres un poco a Odesa, ¿no?

–Querer o no querer, qué más da, qué importa ya, tzort iovo zenayet³⁷.

–¿No te gustaría volver a verla?

–Bueno, basta, sabandija, cállate ya. Tztob ti propal³⁸. Cállate.

Un día, en su «gabinete», tomando té y masitas, después de destaparse uno de los escándalos de fraude y corrupción que conmocionaron a todo el país, el abuelo me contó que cuando tenía unos quince años, en Odesa, «e iba en mi bicicleta a toda velocidad, un día pedaleaba con un despacho hacia la casa del señor Lilienblum, del comité de Jibat Zion (además de ser un famoso escritor hebreo, Lilienblum trabajaba como voluntario para el movimiento en Odesa y hacía de tesorero). De hecho él, Lilienblum, fue nuestro primer ministro del Tesoro», me explicó el abuelo.

Mientras esperaba a que el señor Lilienblum escribiese una respuesta, aquel mocoso de quince años sacó del bolsillo el paquete de tabaco y, sin darse cuenta, actuando como un hombre, tomó el cenicero y la caja de fósforos que estaban sobre la mesa del salón. El señor Lilienblum se apresuró a poner la mano sobre los dedos del abuelo, lo detuvo, salió rápidamente de la habitación, volvió al cabo de un rato, le

³² El chico está con nosotros.

³³ Maldición.

³⁴ Izuver: fanáticos.

³⁵ Lavrenti Beria: Uno de los organizadores de los arrestos y ejecuciones masivas en la URSS y a la vez un brillante estadista y reformador que impulsó el desarrollo económico y tecnológico del país. Mano derecha de Stalin.

³⁶ Cucarachas.

³⁷ El diablo sabe.

³⁸ Desaparece. Vete tú.

dio al abuelo otra caja de fósforos que había tomado de la cocina y le explicó que los fósforos que estaban sobre la mesa del salón habían sido comprados con el presupuesto del comité de Jibat Zion, y que sólo se podían usar en las reuniones del comité y únicamente para los cigarrillos de los miembros del comité. «En suma, los bienes públicos eran bienes públicos, no algo disponible para cualquiera. No como aquí, en este país, donde después de dos mil años hemos fundado por fin un Estado para que haya a quién robar. En aquella época hasta un niño sabía qué estaba permitido y qué estaba prohibido, qué estaba disponible y qué no, qué era mío y qué no.»

En realidad no siempre. No del todo: una vez, hacia finales de los años cincuenta, entró en vigor un nuevo billete de diez liras con el retrato de Bialik. Cuando llegó a mis manos el primer billete de Bialik, me fui corriendo a casa del abuelo para mostrarle cómo el Estado de Israel ensalzaba y honraba a su amigo de la juventud de la época de Odesa. El abuelo se emocionó, sus mejillas se ruborizaron de satisfacción, miró el billete por un lado y por el otro, lo observó a contraluz, acarició con la mirada a Bialik (quien de repente me pareció que le devolvía al abuelo un guiño travieso, una especie de «¿y ahora qué?» familiar y complacido). En los ojos del abuelo brilló en ese momento una pequeña lágrima, pero sus dedos, llevados por el entusiasmo, doblaron el billete nuevo y lo metieron rápidamente y sin dudar en el bolsillo interior de su chaqueta.

En aquel tiempo, diez liras eran una cantidad muy respetable, sobre todo para alguien de un kibutz como yo. Me quedé pasmado:

–Abuelo, ¿qué haces? Te lo he traído sólo para que lo vieras y te alegrases, seguro que dentro de un día o dos también llegará a tus manos un billete como éste.

–¿Nu? –el abuelo se encogió de hombros–, Bialik me sigue debiendo veintidós rublos.

CAPÍTULO 15

Precisamente en Odesa, siendo un joven con bigote de unos diecisiete años, el abuelo se enamoró de una gran señora llamada Shlomit Levin, amante del lujo y seducida por la alta sociedad; deseaba ser una dama admirada y respetable, recibir en su salón a personas famosas, trabar amistad con artistas y «vivir de forma civilizada».

Fue un amor temerario: ella tenía ocho o nueve años más que el pequeño casanova. A lo que se añadía el hecho de que, casualmente, era prima del temperamental pretendiente.

Al principio la conmocionada familia no quiso ni oír hablar de relaciones matrimoniales entre la señorita y el jovenzuelo: como si no bastase con la diferencia de edad y el parentesco, para colmo el chico no era ilustrado, no tenía oficio ni beneficio y sus únicos ingresos procedían de algún comercio esporádico, una compra aquí, una venta allá. Por si todas esas catástrofes fueran pocas, las leyes de la Rusia zarista prohibían expresamente el matrimonio entre familiares directos, como primos hermanos por parte de madre.

A juzgar por las fotografías, Shlomit Levin –la sobrina de Rose Keile Klausner Levitt Braz– era una chica robusta y ancha de espalda, no muy guapa pero elegante, altiva, vestida con rigor y sencillez, llevaba un sombrero de fieltro llamado fedora colocado oblicuamente sobre su frente: el ala derecha sobre el pelo recogido y la oreja mientras que el ala izquierda se curvaba hacia arriba como la popa de un barco. El sombrero llevaba delante un racimo de frutas reluciente sujeto con una horquilla brillante y, en el lado alzado, una gran pluma se elevaba orgullosa sobre el racimo de frutas, sobre el sombrero, sobre todo, como una arrogante cola de pavo real.

El brazo izquierdo de la señora, que terminaba en un magnífico guante de cuero, sujetaba el asa de un bolso de cuero rectangular. El otro brazo se agarraba con fuerza del brazo del joven abuelo Alexander, y sus dedos –también en un guante de cuero– flotaban sobre la manga del abrigo negro del abuelo, casi tocándola.

Él estaba a su derecha, elegante, tenso y resplandeciente, las gruesas suelas le daban casi un palmo más de estatura, y a pesar de todo era algo más bajo y mucho

más delgado que ella, parecía su hermano pequeño, tampoco le servía de nada el bombín negro que llevaba en la cabeza. Su joven cara estaba seria, rígida, casi desconsolada. Su bigote bien cuidado se esforzaba en vano por hacer aparecer en su cara restos de frescura infantil. Sus ojos eran almendrados y soñadores. Llevaba un elegante abrigo con solapa y grandes hombreras, una camisa blanca almidonada y una corbata estrecha de seda, en el brazo izquierdo parecía columpiarse un lujoso bastón con empuñadura de madera y punta plateada. Esa punta brillaba en la vieja fotografía como la hoja de una espada.

La conmocionada Odesa renegó de ese Romeo y esa Julieta. Entre la madre de Romeo y la madre de Julieta, que eran hermanas, estalló una guerra que comenzó con un intercambio de acusaciones y terminó con un absoluto silencio mutuo. El abuelo gastó por tanto sus escasos ahorros, vendió una cosa aquí y otra allá, reunió algunos rublos, es posible que, aunque sólo fuera para evitar el escándalo, las dos familias los ayudasen en algo, y así mi abuelo y mi abuela, dos primos embriagados de amor, zarparon en un barco hacia Nueva York, igual que hicieron por aquellos años otros cientos de miles de judíos de Rusia y del resto de los países de la Europa del Este. Su intención era casarse en Nueva York y conseguir la nacionalidad para que yo pudiera nacer en Brooklyn o en Newark, Nueva Jersey, y escribir sofisticadas novelas en inglés sobre las aspiraciones y frustraciones de los emigrantes cubiertos con sombreros y sobre los traumas neuróticos de sus sufridos descendientes.

Pero en el barco, en algún lugar entre Odesa y Nueva York, en el mar Negro, frente a las costas de Sicilia o al cruzar de noche el estrecho de Gibraltar, iluminado por miles de luces, o quizás cuando su barco de amor pasó por la Atlántida perdida, volvió a producirse un drama, un vuelco absoluto, el amor volvió a alzar su terrible cabeza de dragón: Tienes un corazón joven, las penas y el amor no te dejarán descansar.

En resumen, mi abuelo, el novio que aún no había cumplido los dieciocho años, volvió a enamorarse apasionada, perdida y desesperadamente en la cubierta, en cualquier rincón de popa o en lo más oscuro de una escalera, de otra mujer –una de las pasajeras del barco– que, por lo que sabemos, también era unos diez años mayor que él.

Pero a la abuela Shlomit, eso se decía en casa, ni se le pasó por la cabeza renunciar a él: lo agarró por el lóbulo de la oreja con fuerza y no lo soltó ni de día ni de noche hasta que salieron del despacho del rabino neoyorquino que los casó según la ley de Moisés y de Israel («De la oreja», decían en casa en tono de broma, «de la oreja lo arrastró todo el camino, no le soltó la oreja hasta después de la boda». Y también se decía: «¿Cómo que hasta después de la boda? ¿Qué es eso de hasta después de la boda? Ella no lo soltó nunca. Hasta el último día, e incluso después, siguió agarrándolo de la oreja, y a veces le daba un tirón y todo»).

Pero qué gran misterio: no pasó más de un año o dos y la extraña pareja volvió a comprar un billete de barco, o tal vez sus padres volvieron a ayudarlos, y de nuevo subieron a un barco de vapor y, sin mirar atrás, zarparon de vuelta a Odesa.

Fue algo insólito: unos dos millones de judíos emigraron desde el este hacia el oeste y se asentaron en América en menos de cuarenta años, entre 1880 y 1917. Para todos esos emigrantes fue un camino unidireccional, nadie volvía, salvo mi abuelo y mi abuela, que zarparon en dirección contraria: es de suponer que en esa ocasión eran los únicos pasajeros del barco, por lo que mi impetuoso abuelo no tendría de quién enamorarse y su oreja quedaría libre durante todo el camino de vuelta a Odesa.

¿Por qué volvieron?

Nunca conseguí obtener una respuesta clara.

–Abuela, ¿qué es lo que era tan malo en América?

–No era malo. Lo que pasa es que estaba atestado de gente.

–¿Atestado de gente? ¿En América?

–Demasiada gente en una tierra tan pequeña.

–Abuelo, ¿quién decidió volver? ¿Lo decidiste tú? ¿O lo decidió la abuela?

–Pero bueno, ¿nu? ¿Qué clase de pregunta es ésa?

–¿Y por qué decidieron volver? ¿Qué es lo que no les gustaba de allí?

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

–¿Qué no nos gustaba? ¿Qué no nos gustaba? No nos gustaba nada. Estaba lleno de caballos y de indios.

–¿Indios? –Indios. Nunca conseguí sacarle más que eso.

Así tradujo Yosef Cohen Tzedek un poema titulado «Invierno» que el abuelo Alexander escribió, como era habitual, en ruso:

Viento de tormenta, mi alma se ensombrece

y han abandonado mi corazón la alegría y el regocijo.

La primavera se marcha, llega el invierno,

quisiera llorar pero mi llanto agoniza.

Ya se ha puesto el sol, las tinieblas me envuelven,

mi alma desfallece y mi espíritu se entristece.

Mis días no verán más la luz y no volverá

el goce de mi primavera con regocijo de amor.

En 1972, cuando fui a Nueva York por primera vez, busqué a una mujer que me pareciera india, y puede que la encontrase, por lo que recuerdo, en la esquina de Lexington con la calle 53 repartiendo propaganda a los transeúntes. No era joven ni vieja, tenía prominentes pómulos, llevaba un abrigo usado de hombre y una especie de chal marrón para protegerse del viento frío, me tendió un papel y sonrió, yo lo tomé y le di las gracias. «El amor te está esperando» –eso se me aseguraba debajo de la dirección de un bar para solitarios–. «No te demores más. Ven ahora.»

En la fotografía que le hicieron en Odesa en 1913 o 1914, mi abuelo llevaba pajarita, un sombrero gris adornado con una cinta de seda brillante y un traje de tres

piezas; debajo de la chaqueta desabrochada, a lo largo del chaleco bien abotonado, se veía una fina cadena de plata que, al parecer, conducía directamente al reloj que llevaba en el bolsillo. Sobre su camisa blanca lucía una pajarita de seda oscura, sus zapatos negros brillaban, su elegante bastón colgaba como siempre de su brazo, un poco por debajo del codo, con la mano izquierda tenía tomado a un niño de unos seis años y con la derecha a una hermosa niña de unos cuatro. El niño tenía la cara redonda y un recto y gracioso flequillo despuntaba por debajo del sombrero. Llevaba un magnífico abrigo de cadete con dos filas de enormes botones blancos. Por debajo del abrigo asomaban unos pantalones cortos que dejaban al descubierto la piel blanca de las piernas, que enseguida era engullida por unos largos calcetines blancos, al parecer sujetos con ligas.

La niña sonreía al fotógrafo. Parecía conocer perfectamente sus encantos y los irradiaba a propósito hacia la lente de la cámara. Su cabello largo y liso, que le caía sobre los hombros y descansaba en su vestido, estaba peinado con una raya perfecta en el lado derecho. Su cara era redonda, regordeta y alegre, sus ojos almendrados y rasgados, casi chinos, y en sus gruesos labios había un atisbo de sonrisa. Sobre el vestido claro llevaba una diminuta chaqueta de cadete, idéntica en todo al abrigo de su hermano aunque más pequeña y por eso también mucho más graciosa. Ella también llevaba unos calcetines que le llegaban hasta las rodillas. Y calzaba unos zapatos con unas preciosas hebillas en forma de mariposa.

El niño de la fotografía era mi tío David, al que todos llamaban Ziuzia o Ziuzanka. Y esa niña, esa muñeca elegante y encantadora, esa niña era mi padre.

Desde que nació hasta los siete u ocho años (a veces nos contaba que eso continuó al menos hasta los nueve), la abuela Shlomit le ponía única y exclusivamente vestidos con cuellos de organdí, o pequeñas faldas plisadas y almidonadas que ella misma cortaba y cosía, y zapatos rojos de niña. Sus espléndidos cabellos le llegaban hasta los hombros y se los recogía con lazos rojos, amarillos, celestes o rosas. Cada noche su madre le frotaba el cabello con una solución aromática y, a veces, se lo volvía a frotar por la mañana, ya que la grasa de la noche era un enemigo del cabello que robaba el brillo y la frescura y servía de invernadero a la caspa. Su madre le ponía en los dedos hermosas sortijas y le adornaba los regordetes brazos con pulseras. Cuando iban a bañarse al mar de Odesa, Ziuzanka –

mi tío David- iba con el abuelo Alexander al vestuario de los hombres, mientras la abuela Shlomit y la pequeña Lionichka, es decir mi padre, iban a los baños de las mujeres y se enjabonaban y lavaban bien: Enjabónate también ahí y ahí, y sobre todo ahí, por favor, ahí enjabónate dos veces.

Después de tener a Ziuzanka, la abuela Shlomit deseaba una niña. Cuando se quedó embarazada y dio a luz lo que parecía no ser una niña, decidió al instante que a ese recién nacido, carne de su carne, por derecho natural e inapelable, lo criaría como le viniera en gana, y nada ni nadie osaría inmiscuirse y decirle cuál debía ser la educación, la ropa, el sexo o la conducta de su Lonia o Lionichka: ¿Con qué derecho?

El abuelo Alexander, al parecer, no veía ningún motivo para rebelarse: tras la puerta cerrada del gabinete, dentro de su cáscara de nuez, el abuelo gozaba de una relativa autonomía y podía dirigir algunos de sus asuntos. Como a las princesas de Mónaco o Liechtenstein, no se le pasaba por la cabeza ser tan insensato como para poner en peligro su frágil autoridad por meter las narices en los asuntos privados de la vecina potencia, cuyos ámbitos de autoridad estaban cerrados por los cuatro costados a su liliputiense ducado de San Marino.

Mi padre, por su parte, nunca se quejó. Casi nunca nos hizo partícipes de sus recuerdos en los baños de mujeres y del resto de sus experiencias femeninas, salvo cuando intentaba hacernos reír.

Pero casi siempre sus chistes parecían más una declaración de intenciones: Observen, miren y vean cómo un hombre serio como yo se entusiasma por ustedes y se ofrece a entretenerlos.

Mi madre y yo le sonreíamos con cariño, como agradeciéndole el esfuerzo que hacía, pero él, excitado, exultante y casi conmovedor, interpretaba nuestra sonrisa como una invitación a continuar con sus bromas, y al momento nos regalaba dos o tres chistes más, chistes que ya le habíamos oído mil veces, de un judío y un gentil en un tren o de Stalin y su encuentro con la zarina Caterina, y entonces llorábamos de risa, y mi padre, resplandeciente de orgullo por haber conseguido hacernos reír, arremetía contra Stalin, que una vez iba sentado en el autobús enfrente de Ben Gurión y Churchill, y contra Bialik, cuando se encuentra en el paraíso con

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Tchernijovsky, y contra Tchernijovsky, cuando se encuentra con una chica. Hasta que mi madre le recordaba con delicadeza:

–¿No querías trabajar un rato este noche?

O:

–Recuerda que has prometido pegar sellos con el niño antes de irnos a dormir.

En una ocasión él le dijo a sus invitados: «¡El corazón de la mujer! Los más grandes poetas han intentado en vano descifrar sus secretos. Schiller escribió en alguna parte que no hay en la creación un secreto más grande que las meditaciones del corazón de una mujer, y ninguna mujer del mundo ha revelado ni revelará nunca a ningún hombre todo el secreto femenino. Schiller podría haberme preguntado a mí: yo he estado allí».

A veces bromeaba sin ninguna gracia: «Pues claro que me gustan las faldas, como a la mayoría de los hombres, incluso algo más, porque antes tenía faldas a montones y de repente me las han quitado todas».

Una vez dijo algo así: «Si hubiéramos tenido una hija, seguro que habría sido guapísima», y añadió: «En el futuro, en las próximas generaciones, puede que se cierre el abismo que separa a los dos sexos. Ese abismo se entiende normalmente como una tragedia, pero puede que un día todos nos demos cuenta de que sólo es una comedia de enredos».

CAPÍTULO 16

La abuela Shlomit, una mujer importante, una dama amante de los libros y concedora del alma de los escritores, fue quien convirtió su casa de Odesa en un salón literario, posiblemente el primer salón literario hebreo. Con sus agudos sentidos, la abuela asimiló una agria mezcla de soledad y sed de fama, timidez y arrogancia, profunda inseguridad y ebria autoestima, esa mezcla que impulsa a poetas y escritores a dejar sus habitaciones y salir a buscarse los unos a los otros, a rozarse, fundirse, frivolar, ensalzarse, tocar al prójimo, a poner una mano en un hombro o un brazo alrededor de una cadera, a conversar y discutir con un ligero encogimiento de hombros, a espiar un poco, a olisquear lo que se cuece en la cazuela de los demás, a adular, pelear, discutir, ser dueños de la verdad, ofenderse, disculpase, reconciliarse, a escabullirse los unos de los otros y volver a anhelar la sombra del prójimo.

Era una anfitriona de gusto refinado y recibía a sus invitados sin boato pero con dignidad y elegancia: les ofrecía a todos un oído atento, un hombro en que apoyarse, unos ojos curiosos y respetuosos, un corazón amable, los mejores pescados del lugar, platos de sopa sabrosa y humeante en las noches de invierno, pasteles de amapola que se deshacían en la boca y ríos de té hirviendo del samovar.

El abuelo, por su parte, servía con destreza los licores y ofrecía montones de chocolatines y masitas a las señoras, y a los señores unos cigarrillos fuertes (que en aquella época se llamaban «papiros»). El tío Yosef, a quien, siendo un joven de unos veintinueve años, Ahad Haam había transferido la dirección de Hashiloaj, la primera revista de la nueva cultura hebrea (el mismísimo Bialik era el jefe de la sección literaria), era ya uno de los jueces supremos de la literatura hebrea en Odesa y su juicio podía encumbrar o hundir a cualquiera. La tía Tzipora llevaba al tío Yosef a las «fiestas» en casa de su hermano y su cuñada, ocupándose siempre de envolverlo con bufandas de lana y cubrirlo bien con abrigos y orejeras acolchadas. Menahem Ussishkin, pomposo, ostentoso, sacando pecho como un búfalo y con la voz grave de un gobernador ruso entrado en erupción como el agua hirviendo en un samovar, dejaba todo en silencio con su llegada, cuantos estaban reunidos se callaban con respeto y alguien saltaba al instante de su asiento para dejarle sitio; Ussishkin cruzaba la habitación con paso marcial, se sentaba cómodamente con las piernas

abiertas, golpeaba dos veces el suelo con su bastón y así daba permiso para que las conversaciones se reanudaran. También el rabino Chernoviz (apodado «pequeño rabino») era uno de los habituales de la casa, así como un joven historiador regordete que en varias ocasiones había cortejado a la abuela Shlomit («pero no era fácil para una mujer educada estar a su lado: era muy inteligente, era interesante, sólo que siempre llevaba la pechera llena de lamparones repugnantes y los puños renegridos, y a veces se veían migas en las vueltas de sus pantalones, era un completo desastre, un puerco, ¡ajj!»). Entre los asistentes estaban también Hana Rabnitzki, Ben-Zion Dinburg, Shemaryahu Levin y Yosef Sapir, no faltaba nadie, incluso algunos estudiantes y autodidactas, y chicos de academias talmúdicas echados a perder, entre ellos poetas y líderes en ciernes, todos con corbata y cuellos almidonados, y todos ellos pensadores desbordantes de signos de exclamación.

A veces Bialik se dejaba caer por allí al atardecer, pálido de angustia o temblando de frío y de rabia, o al contrario: ¡también sabía ser alegre y divertido! ¡Pues claro que sí! ¡Igual que un chico! ¡Igual que un vándalo descarriado! ¡Sin inhibiciones! ¡Era mordaz! A veces bromeaba en idish hasta hacer que las señoras se ruborizasen, y Hana Rabnitzki lo reprendía: «¡Basta! ¡Bialik, cállate! ¡Qué te pasa! ¡Ajj! ¡Ya es suficiente!»). A Bialik le gustaba comer y beber, le gustaba mimarse, engullía pan con distintos tipos de queso, de postre comía masas a dos carrillos y se tomaba una taza de té hirviendo y una copita de licor, y entonces empezaba con sus serenatas en idish sobre las maravillas de la lengua hebrea y sobre el amor que le tenía.

Tchernijovsky irrumpía en el salón, impetuoso pero tímido, temperamental y delicado al mismo tiempo, conquistador, enternecedor por su inocencia infantil, vulnerable como una mariposa pero también agresivo, ofendiendo a diestra y siniestra sin percatarse de ello. ¿La verdad? Nunca pretendió ofender, ¡era tan inocente!, ¡tan bueno! ¡Un corazón puro de niño que no ha probado el sabor del pecado! ¡No era como un niño judío triste, no! ¡Era como un niño gentil! ¡Lleno de alegría vital, desenfreno y rebeldía! ¡A veces era realmente un potrillo! ¡Un potrillo feliz! ¡Saltaba! ¡Se comportaba como un insensato delante de nosotros! Pero sólo a veces. En ocasiones llegaba muy triste y eso hacía que al instante todas las mujeres quisieran mimarlo. ¡Todas! Viejas, jóvenes, libres, casadas, guapas, no guapas, todas sentían un deseo oculto de mimarlo. Tenía ese poder. Y él ni siquiera lo sabía, ¡si lo hubiera sabido, sencillamente de ningún modo nos hubiera causado ese efecto!

Tchernijovsky se entusiasmaba con ayuda de una «copita» de vodka, o dos, y a veces empezaba a leer sus poemas, que se desbordaban de tanto júbilo y pasión, y todos los que estaban en la casa se conmovían con él y por él: la libertad en sus modales, sus abundantes rizos, su bigote anárquico, las jóvenes que llegaban con él, que no siempre eran muy cultas y no siempre eran judías, pero que siempre eran tan guapas que alegraban la vista, provocaban no pocas habladurías ácidas y aumentaban la envidia de los demás escritores: Como mujer te lo digo, las mujeres nunca se confunden en esas cosas, Bialik estaba allí sentado mirándolo... y mirando a las chicas gentiles que iban con él... ¡Bialik habría dado un año de vida por poder ser durante un mes Tchernijovsky!

Se discutía sobre la renovación de la lengua y la literatura hebreas, sobre los límites de esa renovación, sobre la relación entre la herencia cultural de Israel y la de los demás pueblos, sobre el partido Bund y el grupo de los idishtas (el tío Yosef, durante la polémica, llamaba al idish «jerga», y cuando se calmaba lo llamaba «judeo-ashkenazi»), sobre las nuevas colonias agrícolas de Judea y Galilea, sobre los viejos traumas de los judíos de la región de Kharson y Kharkow, sobre Knut Hamsun y Mufsan, sobre las superpotencias y el socialismo, sobre la cuestión de la mujer y la cuestión agraria.

Una vez, en Varsovia, el socialista Y. L. Peretz le dijo al tío Yosef, que estaba muy lejos del socialismo político: «¿Piensas que soy tan ingenuo como para creer que el socialismo resolverá todos los problemas del mundo? Aún queda, por ejemplo, la cuestión de “las solteronas”. Hay prestigiosos socialistas que creen que se trata sólo de una cuestión económica: si hubiera pan para todos, habría también un novio para cada muchacha. No se dan cuenta de que ahí hay un trauma que ningún socialismo puede solucionar». Y en una ocasión el tío Yosef le dijo a Bialik: «Te voy a explicar con un ejemplo cuál es la diferencia entre tú y yo. Si hoy viniera un emperador Adriano que dictara un duro edicto para destruir la Biblia o el Talmud, tú, Bialik, llorarías por la Biblia y elegirías... que permaneciera el Talmud, mientras que yo lloraría por el Talmud y elegiría salvar la Biblia». Y Bialik, eso contó el tío Yosef, se quedó inmerso en sus pensamientos y al cabo de un rato dijo: «¡Tienes

razón!» (pero todas las historias sobre polémicas del tío Yosef terminaban siempre con su victoria en la discusión y con su interlocutor confesando: ¡Tienes razón!)³⁹.

La abuela Shlomit seguramente sabía dulcificar aquellas controversias en Odesa, al igual que la vi hacerlo en Jerusalem. Diría, por ejemplo: «Perdónenme los dos, estas dos argumentaciones, estos dos puntos de vista, no se contradicen en absoluto sino que se complementan: en su pesadilla sobre los nuevos edictos de Adriano, en el fondo, los dos se unirían como hermanos y juntos llorarían por la Biblia y el Talmud, tan queridos para ustedes, y juntos se rebelarían contra esos terribles edictos, pero, por favor, después de probar la compota. Es un delito mezclar una compota así con lamentos y lágrimas».

En 1921, cuatro años después de la revolución de Octubre, después de que la ciudad de Odesa pasara de mano en mano en sangrientas batallas entre «blancos» y «rojos», dos o tres años después de que mi padre por fin dejara de ser una niña y se convirtiera en un niño, mis abuelos y sus dos hijos huyeron de Odesa con destino a Vilna.

El abuelo sentía aversión por los comunistas: «A mí que no me hablen de los bolcheviques», refunfuñaba siempre, «¿Nu?, yo he conocido bien a los bolcheviques, los conocía incluso antes de que llegaran al poder, antes de que se instalaran en casas que les robaron a los demás y antes incluso de que soñaran con ser aparatshikim, jevsekim, politrukim, comisarios. Los recuerdo cuando aún eran unos simples hooligans, el hampa del barrio del puerto de Odesa, bandidos, rateros, borrachos y proxenetas. ¿Nu?, casi todos eran judíos, o pseudojudíos, qué se le va a hacer. Pero eran judíos de las familias más humildes: familias de pescaderos del mercado, directamente de la costra que queda pegada en la olla, como se decía en casa. Lenin y Trotsky –cómo qué Trotsky, qué Trotsky va a ser, Leibele Bronstein, el hijo loco de Davídele Ganf de Janovka– pusieron a ese populacho el uniforme de la revolución, con guantes de cuero, con revólveres en el cinto, como una puerca vestida con una túnica de seda. Y así rondaban por las calles, detenían a gente, confiscaban bienes, y en un pispás asesinaban a todo aquel que tuviera una casa o una joven que les

³⁹ N. del A.: Esta historia, y algunas otras referentes a la familia de mi padre, la encontré en la autobiografía del tío Yosef –el profesor Yosef Klausner– *Mi camino hacia la resurrección y la redención*, Masada, Jerusalem / Tel Aviv 1946.

gustara, ¿nu?, toda esa sucia banda de criminales, Kameniev⁴⁰ era de hecho Rozenfeld, Maksim Litvinov era Meir Valak, Karl Radek no era otro que Sobelsohn, Leizer Kaganovitz era un zapatero hijo de carniceros. ¿Nu?, por supuesto que también había algunos gentiles que iban con ellos, también del fondo de la olla, del puerto, del fango, ¿nu?, eran el populacho, el populachoapestoso».

No abandonó esa opinión sobre el comunismo y sobre los comunistas ni siquiera cincuenta años después de la revolución bolchevique: unos días después de que el ejército israelí tomara la Ciudad Vieja, en la guerra de los Seis Días, el abuelo propuso que las demás naciones ayudaran a Israel a devolver a todos los árabes de Levante, «con dignidad, sin tocarles ni un solo pelo y sin robarles ni una gallina», a su patria histórica, que él llamaba «Arabia Saudí»: «Igual que nosotros, los judíos, volvemos ahora a la patria de nuestros antepasados, también les ha llegado a ellos la hora de volver con dignidad a casa, a Arabia Saudí, de donde partieron todos».

Para que la discusión no se prolongase, le pregunté qué proponía en el caso de que Rusia nos atacara para evitarles a los miembros de la Liga Árabe las penalidades del viaje a Arabia Saudí.

Las mejillas sonrosadas del abuelo enrojecieron al instante de ira, se infló, estalló y me gritó:

–¿Rusia? ¿Qué Rusia? ¡Ya no hay ninguna Rusia, pequeño chinche! ¡Nada! ¡No existe! ¿O te estás refiriendo a los bolcheviques? ¿Eh? Dime. Conozco a los bolcheviques desde que eran los chulos de... los proxenetas del barrio del puerto de Odesa. ¡Ésa era la mercancía de los ladrones y los hooligans! ¡Populacho de lo más bajo! ¡Todo ese bolchevismo no era otra cosa que un inmenso bleuf! Ahora que tenemos los maravillosos Samalot hebreos, los aviones, los tanques, hay que enviar a esos chicos y a nuestros Samalot a que lancen sobre Petersburgo, unas dos semanas de ida y otras dos de vuelta, un bombardeo como Dios manda (algo que hace tiempo se merecen de nuestra parte), ¡un fuerte pummm y al instante todo el bolchevismo se irá al infierno volando como algodón sucio!

⁴⁰ **Lev Borísovich Kámenev** (nacido Rosenfeld): revolucionario bolchevique y destacado político soviético, veterano miembro del poderoso Politburó. Fue el primer jefe de Estado del Estado soviético ruso, precursor de la futura URSS, entre el 9 y el 21 de noviembre de 1917.

–Abuelo, ¿estás proponiendo que Israel bombardee Leningrado? ¿Que estalle una guerra mundial? ¿Es que no has oído hablar de las bombas atómicas? ¿De las bombas de hidrógeno?

–Todo depende de los judíos, ¿nu?, tanto en tierras americanas como en tierras bolcheviques esas nuevas bombas están en manos de los expertos judíos, y ellos sabrán lo que hay que hacer.

–¿Y la paz? ¿Hay alguna forma de conseguir la paz?

–La hay: debemos vencer a todos nuestros enemigos. Hay que darles tan fuerte que sean ellos quienes vengan a pedirnos la paz, y entonces seguro que les daremos la paz. ¿Acaso nos opondríamos? ¿Por qué habríamos de oponernos? Nosotros somos un pueblo que ama la paz. Tenemos incluso como precepto buscar la paz: entonces, busquémosla, busquemos la paz hasta Bagdad si es necesario, busquémosla hasta El Cairo, ¿qué? ¿Qué no? ¿Por qué no?

Consternados, arruinados, censurados y espantados por la revolución de Octubre, la guerra civil y el gobierno rojo, los escritores hebreos y los líderes sionistas de Odesa se dispersaron por todas partes. El tío Yosef y la tía Tzipora, y con ellos la mayoría de sus amigos, emigraron a Eretz Israel a finales de 1919 a bordo del Ruslan, cuya llegada al puerto de Yafo anunció el comienzo de la tercera oleada migratoria. Otros huyeron de Odesa y se dirigieron a Berlín, Lausana y América.

El abuelo Alexander, la abuela Shlomit y sus dos hijos no fueron a Eretz Israel: a pesar del fervor sionista que resonaba en los poemas rusos del abuelo, aquella tierra les parecía demasiado asiática, salvaje, atrasada, carente de la más mínima higiene y privada de la necesaria cultura. Por tanto, se dirigieron a Lituania, el país que habían dejado los Klausner, los padres del abuelo, del tío Yosef y del tío Betzalel, hacía más de veinticinco años. Vilna pertenecía en aquella época a Polonia, y el antisemitismo, brutal y sádico, que siempre había flotado en el ambiente se agravaba de año en año: en Polonia y Lituania fecundaron los nacionalismos y el odio a los extranjeros. Para los sometidos y oprimidos lituanos, la gran minoría judía era como un agente de las fuerzas extranjeras opresoras. Por la frontera, desde Alemania, penetró el nuevo tipo de odio, el frío y asesino odio nazi hacia los judíos.

En Vilna el abuelo se dedicaba al pequeño comercio, compraba y vendía, y entre compra y compra a veces obtenía algún beneficio, y envió a sus dos hijos primero a un colegio hebreo y después a un instituto «clásico» (es decir, humanista). Los hermanos David y Arie, o Ziuzia y Lonia, habían llevado de Odesa tres idiomas: en casa hablaban ruso e idish, en la calle, ruso, y en la guardería sionista habían aprendido a hablar hebreo. En el instituto clásico de Vilna aprendieron también latín y griego, polaco, alemán y francés. Más tarde, en el departamento de Literatura Europea de la universidad, aprendieron inglés e italiano, y en el departamento de Filología Semítica mi padre aprendió además árabe, arameo y escritura cuneiforme. El tío David se convirtió enseguida en profesor de literatura, y mi padre, Yehuda Arie, que terminó la diplomatura en la Universidad de Vilna en 1932, iba a seguir sus pasos, pero el antisemitismo llegó a niveles insostenibles. Los estudiantes judíos eran obligados a aguantar humillaciones, golpes, discriminación y abusos.

–¿Pero qué les hacían exactamente? –le pregunté a mi padre–, ¿qué tipo de abusos? ¿Les pegaban? ¿Les rompían los cuadernos? ¿Por qué no se quejaban?

–Tú no podrías entenderlo de ninguna manera. Y es mejor que no lo entiendas. Me alegro, aunque tampoco puedes entender eso, es decir, por qué me alegro de que no entiendas lo que pasó allí: no quiero que lo entiendas. Porque no hay ninguna necesidad. Simplemente ya no hay ninguna necesidad. Porque ya ha acabado. Ha acabado de una vez por todas. Es decir, aquí eso nunca ocurrirá. Vamos a hablar de otra cosa, de tu álbum de planetas, por ejemplo. Por supuesto que aún tenemos enemigos. Y hay guerras. Y hay asedio y muerte. Por supuesto. No se puede negar. Pero no persecuciones. Eso no. No hay persecuciones, ni humillaciones ni pogroms. Ni el sadismo que sufrimos allí. Eso no volverá a ocurrir nunca. Aquí no. Si nos atacaran devolveríamos el golpe con creces. Creo que has pegado en el álbum Marte entre Saturno y Júpiter. Te has confundido. No, yo no te digo nada. Tú solo puedes encontrar el error y corregirlo.

De la época de Vilna queda un viejo álbum de fotos: en una fotografía están mi padre y su hermano David cuando aún iban al instituto, los dos muy serios, pálidos, sus grandes orejas dentro de viseras, los dos con traje, corbata y camisas de cuello duro. En otra está el abuelo Alexander, ya con principio de calvicie, con bigote aún, muy arreglado y elegante, se parecía un poco a un pequeño diplomático de la Rusia zarista. Y hay algunas series, tal vez fotos de cuando terminaron el instituto. ¿Mi padre o su hermano David? No es fácil distinguirlo: la cara está un poco borrosa.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Todos llevan la cabeza cubierta, los chicos con viseras y las chicas con boinas. Casi todas con el pelo negro, algunas con un amago de sonrisa burlona, una sonrisa de Mona Lisa que sabe algo que te mueres por saber pero que no sabrás nunca porque no está destinado a ti.

¿Entonces a quién? Seguro que casi todos los chicos y chicas de esa serie de fotos fueron desnudados y obligados a correr, azotados y perseguidos por perros, esqueléticos y congelados, hacia las grandes fosas del bosque de Ponar⁴¹. ¿Quién se salvaría además de mi padre? Observo la fotografía bajo la luz potente de una lámpara e intento descifrar algo que quizá se aprecie en la expresión de sus caras: astucia o determinación, una dureza interior que pudo haber empujado al chico de la segunda fila empezando por la izquierda a adivinar lo que le espera, a sospechar de todas las palabras tranquilizadoras, a bajar a tiempo a las cloacas del gueto, a ponerse a salvo con los partisanos de los bosques. O esa chica tan guapa del centro de la foto, con una expresión cínica y pícaro: No, queridos, a mí no me van a engañar, es verdad que aún soy muy joven pero ya lo sé todo, incluso sé cosas que jamás sospecharían que sé. ¿Se salvaría? ¿Huiría al campamento de los combatientes del

⁴¹ Antes de la Segunda Guerra Mundial, Vilna, capital de Lituania, era un importante centro de educación y cultura judía. Durante el dominio polaco (1920-1939), 55.000 de sus 200.000 habitantes eran judíos. El 19 de setiembre de 1939 los soviéticos entraron en Lituania, lo que provocó la fuga de unos 15.000 refugiados judíos de Polonia hacia Vilna. Pocas semanas más tarde los soviéticos entregaron Vilna a los lituanos. En julio de 1940 todo el país fue anexado a la Unión Soviética. Desde septiembre de 1939 a junio de 1941, 6.500 refugiados judíos abandonaron Vilna hacia Estados Unidos, Éretz Israel (Palestina), el Lejano Oriente y otros lugares. El 22 de junio de 1941, comenzó la Operación Barbarroja. El 24 de junio de 1941 los alemanes ocuparon Vilna como parte de su invasión a la Unión Soviética. Pocos días después las autoridades alemanas y lituanas comenzaron a aplicar medidas antijudías. El 4 de julio los alemanes ordenaron el establecimiento de un *Judenrat*. Durante julio 5.000 judíos varones fueron arrestados por *Einsatzgruppen* y colaboracionistas lituanos, y ejecutados en el Bosque de Ponar, en las afueras de Vilna. A comienzos de septiembre fueron establecidos dos guetos con *Judenräte* y cuerpos de policía judía. Durante los meses siguientes miles de judíos fueron exterminados en Ponar en una serie de *Aktionen*. Para fines de 1941, el gueto más pequeño había sido liquidado, 33.500 judíos exterminados y otros 3.500 se habían escapado u ocultado fuera del gueto. La liquidación final del gueto de Vilna tuvo lugar el 23 y 24 de septiembre de 1943. Más de 4.000 niños, mujeres y ancianos fueron deportados a Sobibor y otros centenares ejecutados en Ponar; 3.700 judíos fueron enviados a campos en Estonia y Letonia y alrededor de 2.500 a campos de trabajo en Vilna. Cerca de 1.000 judíos se habían ocultado dentro del gueto; la mayoría de ellos fue capturada en los meses siguientes. Algunos centenares de integrantes de la FPO (Organización Partisana Unida) se unieron a los partisanos. Ochenta judíos fueron retenidos en Ponar para excavar las fosas comunes e incinerar los cuerpos, y así destruir las evidencias de las matanzas. Diez días antes de la liberación de Vilna, los judíos que se encontraban en los campos de trabajo locales fueron ejecutados en Ponar; entre 150 y 200 de ellos lograron escapar. Vilna fue liberada el 13 de julio de 1944. Sólo 2.000 a 3.000 de los judíos que integraban la población original de la ciudad habían sobrevivido.

bosque de Rodnik? ¿Se ocultaría, gracias a su «aspecto ario», en un barrio fuera del gueto? ¿Le darían asilo en algún convento? ¿O se escaparía en el preciso momento y conseguiría zafarse de los alemanes y de sus sirvientes lituanos, escabullirse por la frontera y llegar a Rusia? ¿O emigraría a tiempo a Eretz Israel y viviría hasta los setenta y seis años como una pionera taciturna, trabajando en las colmenas o en el gallinero de algún kibutz del valle?

Y mi padre de joven, en ésta se parece a mi hijo Daniel (que también lleva su nombre, Yehuda Arie), es un retrato estremecedor, mi padre con diecisiete años, delgado y largo como una caña pero engalanado con una pajarita, sus inocentes ojos me miran desde detrás de sus gafas redondas, medio perplejo medio orgulloso, un gran charlatán pero, sin duda, también muy tímido, el pelo negro peinado con esmero hacia atrás, en su cara se refleja un alegre optimismo: No se preocupen, amigos, todo se arreglará, todo se superará, sea como sea todo pasará, qué más puede ocurrir, todo irá bien.

En esa foto mi padre es más joven que mi hijo. Si fuera posible, entraría en la fotografía y le avisaría, a él y a sus alegres compañeros. Intentaría contarles lo que les espera. Seguro que no me creerían y se reirían y burlarían de mí.

Aquí está otra vez mi padre, vestido como de fiesta, con un sombrero ruso, un shapka, en una barca de remos junto a dos chicas que le sonríen con coquetería. En esta otra lleva unos pantalones nickerboker un poco ridículos, se le ven los calcetines, está inclinado con esfuerzo y abrazando por detrás a una chica sonriente peinada con raya al medio. La chica está metiendo una carta en un buzón donde pone (la fotografía es muy nítida y se puede leer sin problemas) «Skrzynka Pocztowna». ¿Para quién será la carta? ¿Qué le habrá ocurrido al destinatario? ¿Qué suerte habrá corrido la otra chica de la foto, la bella joven con vestido de rayas, calcetines y zapatos blancos, que lleva bajo el brazo una pequeña cartera negra y rectangular? ¿Cuánto tiempo duraría esa espléndida belleza en su sonrisa?

En otra foto está mi padre, sonriente, recuerda un poco a la niña en que lo convirtió su madre cuando era pequeño, en una excursión de cinco chicas y tres chicos. Están en el bosque pero vestidos con sus mejores ropas. Los chicos se han quitado las chaquetas y lucen camisa blanca y corbata. Su postura es distendida, atrevida, provocativa con el destino y con las chicas. Están haciendo una pequeña torre humana, dos chicos sostienen en los hombros a una chica regordeta, el tercero

la sujeta por las piernas con un gesto casi grosero y las otras dos chicas están de pie partiéndose de risa. También el cielo claro sonríe, también la barandilla del puente sobre el río. Sólo el bosque de los alrededores no sonríe: espeso, circunspecto, oscuro, ocupa todo el fondo de la foto y mucho más. Un bosque de Vilna: ¿el bosque de Rodnik? ¿El bosque de Ponar? ¿O tal vez el bosque de Popishok o el de Olkeniki, los bosques cuya opresión le gustaba sentir al abuelo de mi padre, Yehuda Leib Klausner, durante las noches oscuras sobre su carro, seguro de su caballo, de la fuerza de sus brazos y de su buena suerte en el corazón de esa densa oscuridad, incluso en las lluviosas y tormentosas noches de invierno?

El abuelo anhelaba un Eretz Israel levantado de sus ruinas, Galilea y los valles, Sharón, Guilad y Guilboa, las montañas de Samaria y de Edom: «Adelante, Jordán, adelante, corre, bramaraán tus olas», hacía donaciones al Keren Kayemet⁴², pagaba el shekel sionista, devoraba con avidez cualquier noticia de Palestina, se entusiasmaba hasta la ebriedad con los discursos de Jabotinsky, que de cuando en cuando pasaba por la Vilna judía y arrebatava los corazones. El abuelo apoyaba con toda su alma la política nacionalista, arrogante y carente de compromiso, de Zeev Jabotinsky y se consideraba un sionista militante. A pesar de todo, cuando la tierra de Vilna se estaba incendiando bajo sus pies y los de su familia, aún tendía –o quizás la abuela Shlomit lo arrastraba a ello– a buscar una nueva patria que fuera algo menos asiática que Palestina y algo más europea que la Vilna que se estaba cubriendo de tinieblas: en los años 1930-1932 los Klausner pidieron los permisos para emigrar a Francia, a Suiza, a América (a pesar de los indios), a uno de los países escandinavos y a Inglaterra. Ninguno de esos países los quiso: en todos ellos, por aquellos años, había demasiados judíos («One is too many», decían por entonces los ministros de Canadá y de Suiza, y los demás países se comportaban exactamente igual que éstos, aunque sin proclamarlo).

Un año y medio antes de la subida de los nazis al poder en Alemania, mi abuelo sionista estaba tan ciego que, llevado por su amarga desesperación ante el antisemitismo lituano, pidió la ciudadanía alemana. Por suerte también ellos se negaron a aceptarlo. A lo largo y ancho de Europa eran muchos los que deseaban en

⁴² El Keren Kayemet LeIsrael, fue fundado en 1901 en el marco del Quinto Congreso Sionista en Basilea, con el objetivo de comprar y desarrollar la tierra en Palestina – que estaba, en aquel entonces, bajo dominio otomano – y que luego logró su independencia constituyéndose en el Estado de Israel. El objetivo inicial fue el de adquirir tierras como paso fundamental para el retorno del Pueblo Judío a su tierra ancestral. En julio de 2004 la Organización de las Naciones Unidas le concedió el status de ONG por el valioso aporte a la humanidad.

esa época librarse de una vez de todos esos apasionados eurófilos, concededores de muchas lenguas europeas, recitadores de sus poemas, creyentes en su superioridad moral, reverenciadores de su ballet y su ópera, amantes de su tradición, soñadores con su unidad transnacional y apasionados de sus modales, su forma de vestir y su carácter, amantes de Europa ilimitada e incondicionalmente durante decenas de años; desde el comienzo de «la época de la Ilustración» judía habían hecho todo lo humanamente posible por agradarla, por contribuir en todos los ámbitos y de todas las formas, por insertarse en ella, por horadar su fría hostilidad con sus apasionadas atenciones, por hacerse querer, ser aceptados, apreciados, formar parte de ella...

En 1933, por tanto, Shlomit y Alexander Klausner, los desengañados enamorados de Europa, con su hijo menor, Yehuda Arie, que había terminado su diplomatura en literatura polaca y universal, emigraron casi a la fuerza al Asia asiática, a la Jerusalem que añoraban los poemas sentimentales del abuelo desde que era joven.

Zarparon en el Italia desde Trieste hacia Haifa y, durante la travesía, se fotografiaron con el capitán, que se llamaba, eso ponía en el margen de la foto, Benyamino Umberto Steindler, ni más ni menos.

En el puerto de Haifa, según la leyenda familiar, los esperaba un médico con una bata blanca (o puede que fuera un enfermero), por orden del gobierno del Mandato Británico, que rociaba con una solución desinfectante las ropas de los que llegaban. Cuando le llegó el turno al abuelo Alexander, eso se contaba en casa, el abuelo se encolerizó, le quitó el fumigador al doctor y lo destrozó con violencia: le habría hecho lo mismo a cualquiera que se hubiese atrevido a comportarse con nosotros en nuestra patria como si aún estuviéramos en el extranjero. Durante dos mil años lo soportamos todo en silencio. Durante dos mil años fuimos como ovejas llevadas al matadero. Pero ahora de ningún modo íbamos a permitir que nuestra tierra fuera una nueva diáspora. Nuestro honor no volvería a ser pisoteado.

El hijo mayor, David, se quedó en Vilna: allí, siendo aún muy joven, llegó a ser profesor en la universidad. Tenía presente la brillante carrera del tío Yosef, al igual que la tuvo mi padre durante toda su vida. Allí, en Vilna, el tío David se casó, y allí, en 1938, nació su hijo Daniel, a quien yo no he visto nunca: no he conseguido encontrar ni una fotografía suya. Sólo quedan unas pocas postales y cartas escritas en

polaco por la tía Malka, Matzia, la mujer de David: «10 de febrero de 1939: La primera noche Danush ha estado durmiendo desde las nueve de la tarde hasta las seis de la mañana. Duerme muy bien por la noche. Durante el día está tumbado con los ojos abiertos moviendo todo el tiempo los brazos y las piernas. A veces también grita...».

El pequeño Daniel Klausner vivió menos de tres años. Pronto llegaron y lo mataron para proteger a Europa de él, para prevenir «la pesadilla de que cientos y miles de chicas sean seducidas por repulsivos bastardos judíos, patizambos..., con alegría satánica en la cara acecha el joven judío de pelo negro a la chica..., a la que vuelve impura con su sangre..., el objetivo de los judíos es quebrar la unidad nacional... creando bastardos en otras naciones y degradando la raza de las [naciones] superiores... con la secreta finalidad... de acabar con la raza blanca..., si lleváramos a cinco mil judíos a Suecia, en poco tiempo ocuparían allí todos los puestos de relevancia..., el veneno mundial de todas las razas es el judaísmo internacional...»⁴³.

Pero el tío David pensaba de otra forma: sentía desprecio y desdén hacia esa ideología repugnante aunque muy extendida, el ceremonioso antisemitismo de la Iglesia católica que resonaba en las bóvedas de piedra de las imponentes catedrales, el antisemitismo protestante frío y pernicioso, el racismo alemán, la violencia asesina austríaca, el odio polaco a los judíos, la crueldad lituana, húngara, francesa, la pasión ucraniana, rumana, rusa y croata por los pogroms, el aborrecimiento belga, holandés, británico, irlandés, escandinavo hacia los judíos. Todo eso no era para él más que restos oscuros de épocas salvajes e incultas, restos del ayer a los que les había llegado la hora de desaparecer.

El tío David se consideraba un hombre de su tiempo: un europeo arquetípico, multicultural, políglota, desenvuelto, capacitado, ilustrado, una persona ante todo moderna. Despreciaba los prejuicios y los odios étnicos oscurantistas, no se le pasaba por la cabeza doblegarse ante todos esos racistas descerebrados, ante los instigadores, los demagogos y los lóbregos antisemitas llenos de creencias banales, cuyas voces estridentes prometían «muerte a los judíos» y gritaban desde las paredes «¡judío, vete a Palestina!».

⁴³ Hitler, en Hermann Rauschning, *Conversaciones con Hitler*, traducido al hebreo por M. Z. Walpovsky, Sifriat Rimon / Masada, Tel Aviv 1941, y en Joachim C. Fest, *Hitler*, Jerusalem, Keter 1973, págs. 45-46, 216-217, 558-559, y el testamento de Hitler, *ibídem*, pág. 778.

¿A Palestina? Por supuesto que no: un hombre como él no empujaría a su joven mujer y a su hijo recién nacido para huir del frente de batalla, escapar y esconderse de la violencia de la chusma agitada en una provincia desierta del Levante, donde algunos judíos desesperados se empeñaban en establecer un nacionalismo segregacionista y armado que, irónicamente, habían aprendido de sus peores enemigos.

No: el tío David sin duda se quedaría ahí, en Vilna, en su puesto, en una de las antiguas trincheras más importantes de la Ilustración europea, racional, de amplias miras, tolerante y liberal que entonces se defendía de las olas de barbarie que amenazaban con ahogarla. Permanecería ahí porque no podía hacer otra cosa.

Hasta el final.